

DOMINGO II DE CUARESMA (B)
Homilía del P. Antoni Pou, monje de Montserrat
1 de marzo de 2015
Gén 22,1-2.9a.10-13.15-18 / Rom 8,31b-34 / Mc 9,2-10

¿Quién de nosotros no ha vivido en un momento u otro, una experiencia de transfiguración? Después de un día cansado, pero con la sensación de que uno ha hecho lo que ha podido, dando gracias simplemente por el hecho de poder vivir y amar. Conduciendo el coche y oyendo, de manera inesperada en la radio, esa música que te recuerda tantos momentos difíciles que pasaste, y que ahora ya puedes contemplar, desde la distancia, con una sonrisa amorosa. O caminando por la montaña entre la niebla, y de repente ver como un claro te levanta el telón de un paisaje maravilloso ... que estaba, pero que no podías ver.

En la transfiguración, se hace manifiesto lo que es pero que nosotros somos incapaces de ver. Como cuando un día nos acordamos de limpiar las gafas, o pasar el paño por la pantalla del ordenador o del televisor, y descubrimos maravillados que todo recupera un color más vivo.

El tiempo de Cuaresma es precisamente un tiempo para la conversión, para un cambio de mentalidad, para limpiar el polvo que se ha ido acumulando en el camino, y que nos impide ver las cosas tal como son, con todos los colores y matices.

Es un tiempo para escuchar la voz de Dios. En la primera lectura hemos oído como Abraham, ofreció a Dios lo que más quería, su hijo amado... no es una lectura que nos quiera mostrar la imagen de un Dios cruel, sino que nos transmite el mensaje de que sólo si somos libres, no dependientes, en relación a lo que más queremos, este amor tiene futuro y es creador de vida. Como Dios que no se guardó celosamente a su hijo amado para sí mismo, sino que lo compartió con todos nosotros.

La Cuaresma es un buen momento para mirar e iluminar las partes más oscuras de nosotros mismos, reconociendo y aceptando lo que encontramos, porque sólo se pueden transfigurar las cosas que primero se han reconocido y aceptado.

Es también un tiempo para indignarnos por las injusticias de la sociedad, y de nuestro mundo. Porque si nos propusiéramos durante esta cuaresma llevar una vida más piadosa, pero estando ciegos a nuestras colaboraciones con la injusticia social, sería como colar los mosquitos y tragarnos los camellos.

Os propongo de vivir una Cuaresma de manera creativa. Por ejemplo interesándonos por las leyes de la macroeconomía: descubrir cómo funcionan los bancos, conocer cómo las especulaciones con el dinero hacen que se encarezcan los alimentos en los países pobres y por ello aumenta la pobreza y la miseria, y muchos mueran de hambre. O cómo la conquista a cualquier precio del petróleo, en nombre de la democracia, ha generado todo tipo de miseria, de resentimientos y de terrorismo. Seguro que encontrareis documentales, artículos, conferencias. Escuchemos lo que nos dicen grupos como Cristianismo y Justicia, lo que nos dice Cáritas en sus comunicados sobre la pobreza, u otras ONGs, para formarnos un criterio propio... no nos conformemos con lo que nos dicen aquellos políticos que piensan más en el partido que en los problemas reales de la sociedad... Y "sabiendo", si somos un poco creativos y tenemos un poco de corazón, alguna u otra cosa se nos ocurrirá para colaborar a hacer una sociedad más justa.

Hacernos conscientes de las partes más oscuras que hay en nosotros y en la sociedad en un primer momento no nos dará más paz, sino más inquietud... y seguir el camino

del Reino de Dios nos puede meter en conflictos. Pero nadie nos ha dicho que seguir a Jesús sea un camino de rosas sin espinas. La paz y el bienestar que Jesús nos da en los momentos de transfiguración no es una paz que nos aleje de la realidad... la paz que nos da Jesús es la alegría que nos viene en medio de la lucha y del conflicto, ... cuando seguimos lo que creemos que debemos hacer, guiados por nuestra conciencia, y escuchando la Palabra de Dios.

En el relato de Marcos que hemos oído hoy, la Palabra de Dios, está representada por Moisés y Elías, la Ley y los profetas. Pero sobre todo por Jesús, ya que la voz de Dios que sale de la nube dice "*Este es mi Hijo amado; escuchadlo*". Jesús transfigurado, oye la voz de Dios que le confirma su amor, como la oyó en el Bautismo. Sus vestidos se volvieron tan blancos que ningún tintorero del mundo habría podido blanquearlos así. Cuando sentimos profundamente el amor de Dios nos transfiguramos.

Y Pedro se encuentra tan bien allá arriba que se querría quedar para siempre. Pero, ¡ay Pedro!, ¿aún no has entendido, que la paz que experimentas es sólo una paz para recobrar fuerzas? ... ¡Cobrar energía para seguir el camino con Jesús hacia Jerusalén! Allí Jesús te mostrará hasta dónde nos ama; y después de tres días, irradiará de nuevo la misma blancura de la transfiguración... entonces sí que será para siempre.